



Compilación de entradas #03

Bibliotecario

Un blog de Edgardo Civallero

Bibliotecario
Compilación de entradas 03

Edgardo Civallero

© Edgardo Civallero, 2020.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0

"Bibliotecario". <https://bibliotecario.org/>

La que es sabia

El niño escuchó gritos de alerta. Los *'indaa*, los hombres blancos, se acercaban.

Se giró, y alrededor de la laguna en cuya orilla acampaban distinguió los flashes provocados por los disparos de los rifles. Un segundo después llegaban los estampidos secos de los balazos. Su gente –un grupo Apache– estaba siendo masacrada.

Su madre lo alzó y lo montó a lomos de una mula. Cuando trataba de subir a su hermana pequeña junto a él, el animal entró en pánico y salió de estampida. Un hombre, Eclode, la ayudó con la niña, mientras ella corría y lograba hacerse con las riendas y con el control de la bestia. Los pasos, los gritos y los disparos se escuchaban cada vez más cerca. Los soldados mexicanos y sus ayudantes indígenas Rarámuri no perdían el tiempo.

La mujer bajó entonces al niño del lomo de su montura, y fustigó al animal, que se perdió al galope en la penumbra del amanecer. Buscó una grieta entre las rocas de una ladera cercana y se escondió entre ellas con su hijo, ocultos por unos arbustos, confiando en volverse invisibles.

Tres hombres se acercaron. Tras intercambiar algunas palabras en castellano, dos de ellos se fueron, pero el tercero desmontó, apoyó su rifle justo donde madre e hijo estaban escondidos, armó un cigarro y se lo fumó con toda tranquilidad. Cuando lo

terminó, arrojó la colilla al suelo, la aplastó con la bota, recogió su arma, montó y se largó.

La mujer y el niño aún esperaron un poco antes de salir de su escondite. Buscaron el cauce de un arroyo cercano y subieron aguas arriba, confiando en alcanzar la seguridad de la montaña. A sus espaldas seguían oyéndose disparos: los mexicanos estaban terminando de cazar a los suyos como a animales. Amanecía el 15 de octubre de 1880.

Los libros de historia hablarían de aquel suceso como la Masacre de Tres Castillos (un sitio ubicado hoy en el estado de Chihuahua, México). Murieron 78 Apache, y otros tantos –sobre todo mujeres y niños– fueron capturados y vendidos como esclavos (una de las maneras más habituales de los mexicanos para deshacerse de sus prisioneros de guerra). Solo 17 personas escaparon aquella brutal carnicería, incluyendo a los dos protagonistas de esta historia. Allí terminó una "guerra" iniciada el año anterior por el célebre Biduya o Victorio, líder de la banda de Apache Chiricahua conocida como "Chihenne". Victorio murió allí, en Tres Castillos, junto con sus sueños de llevar a su gente a un sitio seguro en México, lejos de la lenta agonía que les hubiera esperado en la Reserva de San Carlos (Territorio de Arizona, Estados Unidos), en donde fueron confinados por el ejército estadounidense en 1877.

El propio Victorio había bautizado a aquel crío que huía con su madre como Kaywaykla: "Sus enemigos, muertos, se amontonan en pilas". Semejante nombre, propio de un avezado guerrero, intentaba animar al muchacho a cumplir un destino glorioso. Uno

que nunca alcanzaría: algunos años después de aquellos terribles sucesos, el chico sería enviado lejos de su gente, a una escuela en Carlisle (estado de Penssylvania) en la que le cortarían el cabello y quemarían sus ropas Apache, y en la que sería bautizado como "James". Su historia sería escrita a mediados del siglo XX por una de las precursoras en la recolección de narrativas indígenas norteamericanas, Eve Ball, en su libro "In the Days of Victorio: Recollections of a Warm Springs Apache" ["En los días de Victoria: Recuerdos de un Apache de Warm Springs"]. Aquel anciano de casi 70 años tenía grabada a fuego en su memoria esa noche de huida, aunque en el momento de los hechos solo tuviera cuatro años. También recordaba que nunca volvió a ver a su hermana Chenleh.

La narración de la matanza de Tres Castillos forma parte de la tradición oral de los Apache, y hoy es conocida por muchos *'indaa* (no-Apache) gracias al trabajo de Ball. No fue lo único que recogió aquella autora, por cierto. En otro de sus libros, "An Apache Odyssey: Indeh" ["Indeh: Una odisea Apache"], incluye una historia legendaria que tiene como protagonista a la madre de Kaywaykla. Esa mujer que se escondió con su hijo entre un par de rocas.

Fue llamada Goyan o Gouyen, "La que es sabia", y era hermana de Victorio. Con veinte y pocos años tuvo que soportar la ardua huida a México desde la Reserva de San Carlos, y la horrorosa experiencia de Tres Castillos. Pero antes había vivido la muerte de su esposo. La leyenda cuenta que una partida de guerreros Comanche lo asesinaron y mutilaron salvajemente al sur de Deming (estado de New México). La mujer, vestida con el atavío de piel de ciervo que había usado para la ceremonia de pubertad y para

su boda, siguió por tres noches el rastro de aquellos asaltantes. Viajaba en la oscuridad para no ser vista, provista solo de una jarra de agua y de un poco de carne seca, que llevaba en un saco atado a la cintura.

A la cuarta noche, según contaba la tradición oral Apache, descubrió el campamento Comanche. Estaban celebrando su victoria. Gouyen vio la cabellera de su marido en manos del jefe, que la exhibía como un trofeo personal. Robó entonces un caballo y lo ató a cierta distancia de aquel grupo, que ya estaba borracho. Luego volvió y se mezcló entre un grupo de bailarines. Se abrió camino, seductoramente, hasta el jefe, flirteó con él, y lo llevó a una zona apartada de los otros. Se dice que le destrozó la garganta con los dientes, y que terminó de matar a aquel hombre con su propio cuchillo. Sin que le temblara el pulso le cortó la cabellera, y acto seguido le arrancó el taparrabos adornado con cuentas y lo despojó de sus mocasines. Tras eso, galopó dos días seguidos hasta alcanzar su campamento, donde cayó exhausta en los brazos de sus suegros, con su vestido ceremonial empapado en la sangre del asesino de su esposo, del cual acababa de vengarse.

Cuando recobró la conciencia, presentó su botín –cabellera y ropa– a su familia política.

Gouyen se casó en segundas nupcias con un guerrero Apache llamado Kayatennae, también sobreviviente de la masacre de Tres Castillos. Se unieron a la banda de Nana, y más tarde a la de Gerónimo, y escaparon de la Reserva de San Carlos en 1883. La familia –la mujer, su compañero y sus hijos– fue capturada en 1886 por el ejército de

los Estados Unidos y llevada a Fort Sill (estado de Oklahoma). Allí fueron retenidos, como prisioneros de guerra. Kaywaykla pudo salir, renunciando en gran medida a su identidad. Los demás no tuvieron esa suerte.

Gouyen murió en 1903, a los 46 años. Su tumba está allí mismo, en Fort Sill, de donde nunca pudo escapar. Su historia, sin embargo, sigue viajando de boca en boca entre los Apache de hoy.

Costumbres de los desiertos del norte

La Misión de San Ignacio de Kadakaamán se alzaba, a principios del siglo XVIII, en el corazón de esa estrecha y desolada faja de tierra aprisionada entre las aguas, que hoy llamamos "Península de Baja California", en la costa del Pacífico. Aquel era territorio del pueblo Cochimí, una sociedad indígena de cazadores y recolectores que en principio no conocían ni la agricultura ni la ganadería ni la metalurgia. No les hacía ninguna falta, por cierto: vivían de manera sencilla y austera, como la mayoría de los pueblos nómadas, sobre todo aquellos que debieron enfrentarse cotidianamente a un entorno hostil para lograr su subsistencia diaria...

Los jesuitas de Kadakaamán compilaron minuciosamente en sus escritos muchas de las costumbres Cochimí que a sus ojos resultaban chocantes. Y debe tenerse en cuenta que los buenos padres estaban bastante curtidos en el trato con grupos y culturas asaz diversas de las suyas propias. Ocurre que los Cochimí eran verdaderamente particulares.

Lo primero que llamó la atención de los religiosos fue la "doble cosecha" de la pitaya o pitahaya, nombre que recibe la curiosa fruta de varias especies de cactáceas oriundas de América central. Se trata de una abundante cosecha estacional, un verdadero maná de alto valor nutricional que regalaba aquella tierra desértica; por ende, los Cochimí aprovechaban la época de maduración del fruto (un periodo que llamaban "meyibó", que comprendía julio y agosto y que era, para ellos, el principio de su año) para

consumir la mayor cantidad posible de pitahaya. Ocurre que estas coloridas frutas tienen un interior lleno de semillas. En lugar de retirarlas mientras iban comiendo la pulpa, los Cochimí dejaban que la naturaleza hiciera su trabajo: tragaban todo sin preocuparse demasiado, y luego revisaban minuciosamente sus propios excrementos secos y extraían las semillas, con toda la paciencia del mundo. Esa era la "segunda cosecha". Las limpiaban, las almacenaban, y las iban consumiendo en cualquier otro momento, asadas a las brasas.

Otra costumbre "curiosa" que anotaron los asombrados jesuitas también tenía relación con la alimentación. Dado que en ciertos periodos del año la caza no era abundante en absoluto, se practicaba la "maroma". Se reunían varios comensales en torno a un apreciado trocito de carne (generalmente seca), se ataba este con una soguilla fina, y se iba pasando de mano en mano. El primero lo tragaba, lo dejaba dentro un rato y luego lo sacaba del estómago tirando de la cuerdecilla; el segundo hacía lo propio, y así sucesivamente, hasta que de la carne no quedaba nada.

[Estos comportamientos fueron citados por la antropóloga estadounidense Shanti Morell-Hart en su artículo "Foodway and Resilience under Apocalyptic conditions", en donde analiza cómo pueden llegar a comportarse los seres humanos que se ven forzados a afrontar condiciones de escasez extrema de recursos].

Había muchos otros rasgos destacables entre los Cochimí, incluyendo las gorras hechas de pelo humano que llevaban sus "guamas" (hechiceros, chamanes) en algunas ceremonias religiosas. En la actualidad, los Cochimí son agricultores y ganaderos de

subsistencia, y viven en algunas comunidades dispersas del estado mexicano de Baja California Sur. Aquellas antiguas costumbres que asombraron a los cronistas ya son cosa del pasado. Lamentablemente, muchos de ellos han olvidado incluso el lenguaje en el que las contaban.

En el cercano desierto sonorense, al noroeste de México, vivían y viven los Tohono O'odham, "el pueblo del desierto", que muchos aún se empeñan en llamar "Papagos" (un término despectivo que les dieron sus vecinos Pima, y que significa "comedores de frijoles tépari"; es decir, "frijoleros"). Su cultura es similar a la de muchos otros pueblos de ese árido rincón del mundo, como los distintos grupos Apaches. Sin embargo, merece la pena revisar sus prácticas musicales, únicas en esa parte del mundo.

A diferencia de los pueblos vecinos, que solían armar grandes celebraciones con mucha parafernalia de ruido y danzas (ceremonias como los clásicos pow-wow), los Tohono O'odham interpretaban lo que verdaderamente podría calificarse como "música silenciosa". Las canciones de sus festividades eran acompañadas por una suerte de rascadores de madera dura de escaso sonido, algunas calabazas que oficiaban de maracas, y "tambores" hechos con cestos invertidos, que no tenían resonancia alguna y cuya pobre voz era "tragada por el desierto". La danza incluía andar a paso ligero con los pies desnudos, sin hacer apenas ruido, y levantando mucha polvareda, pues se creía que el polvo que subía al cielo formaba nubes de lluvia.

Los Tohono O'odham son hoy una nación con unos 20.000 miembros, repartidos entre los Estados Unidos (Arizona) y México (Sonora). Son agricultores y recolectores, y

mantienen viva su tradicional cultura, aunque los últimos informes indican que su música, esa tan silenciosa, se está perdiendo.

El rumbo de las varillas

Los habitantes de la Micronesia y la Polinesia, repartidos en cientos de islas esparcidas a lo largo y ancho del enorme océano Pacífico, fueron excelentes navegantes. Colonizaron ese mundo acuático viajando de islote en islote, y eso a pesar de carecer de sofisticados instrumentos de ayuda a la navegación, como pudieron ser el sextante, el astrolabio, la brújula o el cronómetro que emplearon los tempranos marinos europeos durante la llamada "Era de los Descubrimientos".

Algunos experimentados "buscadores-de-caminos" micronesios contaron, sí, con una ayuda, mucho más sencilla que los dispositivos de Europa: elementos que, a pesar de su aparente simplicidad, contenían los saberes de varias generaciones. Entre ellos se encontraban las cartas de navegación de varillas.

Tales planos oceánicos fueron usados en las islas Marshall, actualmente una república independiente ubicada al noreste de Papúa Nueva Guinea: una treintena de atolones coralinos comprendiendo un millar de islas e islotes organizados en dos cadenas, y poblados por unos 50.000 habitantes.

Aquellas delicadas estructuras estaban hechas de tiras de nervaduras de hoja de cocotero o de raíces de pandano, atadas con fibra de coco. Componían complejos patrones geométricos que mostraban las corrientes marinas alrededor de los atolones, y cómo las islas, islotes y arrecifes sumergidos alteraban la dirección y las

características de esas corrientes. En las cartas, estas últimas eran señaladas mediante las propias varillas, mientras que las islas o los escollos eran marcados en las intersecciones de las mismas, con caracolas, dientes de tiburón o nudos de hilo.

Los habitantes de las Marshall elaboraban tres tipos de cartas marinas. Las *mattang* (también conocidas como *wappepe*) eran pequeñas, de silueta cuadrada, bastante simplificadas y abstractas, y se empleaban únicamente con propósitos didácticos, para enseñar los principios de lectura de islas y corrientes. Las *meddo* (o *medo*) mostraban islas reales y su posición relativa, así como las principales corrientes, dónde se cruzaban, dónde se curvaban, etc. Sólo cubrían una de las dos cadenas principales de las islas Marshall. Por último, las *rebbelib* eran idénticas a las *meddo*, pero abarcaban todas las islas.

Dado que eran representaciones de una interpretación personal del mar y su geografía, solo podían ser leídas por aquel que las construía y, en todo caso, por sus herederos. La confección y comprensión de esas cartas, de todas formas, no era algo que estuviese al alcance de todos los isleños: como ocurrió y sigue ocurriendo con todos los conocimientos humanos que resultan estratégicos para una sociedad determinada, solo algunos dirigentes y grandes navegantes poseían y manejaban esos saberes, que eran transmitidos únicamente de padre a hijo.

Los dueños de las cartas no las llevaban consigo, sino que las estudiaban concienzudamente antes de un viaje. Para la navegación se reunía una escuadrilla de

15 o más canoas, que seguían las instrucciones del piloto principal, conocedor de los mapas.

Recién en 1862 los europeos tuvieron noticia de este sistema, cuando un misionero lo mencionó en sus escritos. En 1898 fue descrito cuidadosamente por un oficial naval, el capitán de corbeta Winkler, de la Armada Imperial Alemana, en un artículo publicado en la revista *Marine-Rundschau. Zeitschrift für Seewesen* (octubre, pp. 1418-39); Winkler comandaba el *SMS Bussard*, que estuvo estacionado en 1896-7 en las Marshall, por entonces colonia alemana.

Los marshaleses no fueron los únicos en crear su propia y peculiar cartografía: muchos otros pueblos lo hicieron. Los Tunumiit (Inuit de Groenlandia oriental), por ejemplo, tallaban pedazos de madera arrojados por el mar a la playa para elaborar mapas táctiles de la línea costera, los *ammassalik*.

Las cartas de varillas terminaron desapareciendo tras la II Guerra Mundial, cuando cesaron los viajes en canoa entre las islas. Unas islas –tradicionalmente llamadas *jolet jen Anij* o "regalo de Dios"– que fueron descubiertas y colonizadas por sus primeros pobladores hacia el 2000 a.C., precisamente mediante el uso de esos planos vegetales. Unas islas que, debido al cambio climático, probablemente terminarán desapareciendo, en breve, de todos los mapas.

Palos mensajeros

Luego me mostró un pedacito de palo con marcas en él, y dijo que era un palo-carta aborígen ... Era redondo, no plano como la mayoría de las otras cartas, y era una invitación para un *corroboree*; y había marcas en él explicando qué tipo de *corroboree* sería, y diciendo que se celebraría en Duck Creek. Había aún algunas otras noticias marcadas allí...

Así describió la novelista australiana Jeannie Gunn (1870-1961) los *message sticks* en su libro "The Little Black Princess" ("La princesita negra". Melbourne, 1909). Estos *message sticks* ("palos mensajeros") o *talking sticks* ("palos que hablan") eran instrumentos utilizados por algunos de los pueblos nativos de Australia, la enorme isla-continente, para comunicarse. Fueron una de las muchas formas que, a lo largo y ancho del mundo, desarrollaron los pueblos ágrafos para mantener contacto entre ellos y transmitir(se) información.

Generalmente se trataba de una pieza de madera sólida (aunque también podían emplearse lascas de piedra o láminas óseas), de unos 20-30 cms. de largo, sobre la que se dibujaban series de puntos y líneas rectas y curvas; a veces se las grababa con piezas de hueso, piedra o concha, y otras se las quemaba o se las pintaba. En ocasiones el trabajo era hecho con un esmero exquisito, como se escribiría una misiva con cuidada caligrafía, mientras que otras veces se lo ejecutaba de forma rápida y descuidada, igual que se esbozaría una nota apresurada.

Los gráficos solían transmitir contenidos sencillos por sí solos, sin necesidad alguna de traductores, intérpretes u otros intermediarios. Sin embargo, la mayoría de las veces oficiaban como meros ayuda-memorias para el individuo que los transportaba: en base a las marcas y diseños que tenía entre manos, éste recordaba y recitaba un texto que se le había explicado y hecho memorizar previamente.

El antropólogo, explorador y naturalista australiano Alfred Howitt (1830-1908) apuntó el proceso de confección de uno de estos mensajes entre el pueblo Wurundjeri del área de Melbourne, y lo describió en un artículo publicado en el *Journal of the Anthropological Institute* en 1889:

El hombre más anciano, habiendo confeccionado el *message stick*, lo alarga al anciano más cercano, que lo inspecciona y, de ser necesario, añade más marcas y da las correspondientes instrucciones. Finalmente, habiendo pasado de uno a otro de los ancianos presentes, se le entrega al mensajero, que ya ha recibido el mensaje verbal asociado a la pieza de madera.

Los *message sticks* permitían la comunicación entre distintos clanes del mismo grupo lingüístico, e incluso la facilitaban entre poblaciones hablantes de distintos idiomas (y había hasta 250 diferentes, con unas 600 variaciones dialectales, en Australia). Los contenidos oscilaban entre invitaciones para *corroborees*, juegos de pelota *marngrook* o peleas rituales y noticias importantes, y abarcaban pedidos, disputas, advertencias, arreglos matrimoniales, notificaciones de fallecimientos y negociaciones comerciales.

En un artículo publicado en *American Anthropologist* en 1897, el antropólogo australiano Robert H. Mathews (1841-1918) indicó que probablemente debía de haber un patrón conocido por todos los pueblos que usaran el sistema, que permitiera inferir la temática del mensaje a partir de la forma de su soporte: un tipo de palo, por ejemplo, sería usado para invitaciones de *corroboree* en donde se reuniera mucha gente, y otro, más pequeño, podía ser usado para enviar recuerdos entre amigos. En estas ocasiones, y al igual que hacían muchos pueblos del norte de Europa, los australianos ataban en un extremo de la "carta" un mechón de pelo o un adorno personal.

Los portadores o "correos" de *message sticks* podían atravesar territorios de otras "naciones" aborígenes sin sufrir daño alguno: gracias a marcas decorativas especiales que acreditaban la autenticidad del mensaje y la identidad de la comunidad que la enviaba, los mensajes oficiaban como credenciales y salvoconductos, garantizando "inmunidad diplomática" incluso en tiempos de conflictos. Aquellos que encontraran a un "cartero" en su territorio debían conducirlos ante sus ancianos, que tras escuchar su mensaje debían garantizar el viaje seguro del "correo".

Los *message sticks* dejaron de usarse hace mucho; hoy son bienes de museo, marcas en piezas de madera cuyo significado desapareció junto con las personas que las crearon y utilizaron. Sin embargo, el recuerdo de este sistema de intercambio de saberes y noticias no se esfumó del todo: el periódico estudiantil de la Universidad de Nueva Gales del Sur en Sidney, fundado en 1953, se llama *tharunka*, el nombre que recibían estos palos mensajeros en la lengua aborígen local, la Koori.

